

de las antiguas costumbres de la Grecia; y por efecto de ellas no dejan las armas aun en tiempo de paz. Su gente de á caballo es muy temible cuando combate cuerpo á cuerpo, pero mucho menos cuando está en batalla ordenada. Se nota enteramente lo contrario entre los Tesalos.

Al este del Aqueloo se hallan leones, como tambien subiendo hácia el norte, hasta el rio Nesto en Tracia. Parece que en este largo espacio, no ocupan sino una lista, limitada por estos dos rios, el primero por el lado del poniente, y el segundo por el de levante. Dicen que no se conocen estos animales en las demas regiones de la Europa.

Al cabo de cuatro dias de navegacion llegamos á Naupacto, ciudad situada al pie de un monte en el pais de los Loerios Ozolos. Vimos en la costa un templo de Neptuno, y muy cerca de él una caverna llena de ofrendas, y consagrada á Venus. Hallamos allí algunas viudas, que iban á pedir á la diosa que les concediese un nuevo esposo.

Al dia siguiente tomamos un barco pequeño, que nos llevó á Pagas, puerto de la Megáride, y desde allí volvimos á Atenas.



## CAPITULO XXXVII.

VIAGE A MEGARA . A CORINTO . A SICIONE . Y A ACAYA.

\*\*\*\*\*

Pasamos el invierno en Atenas, esperando con impaciencia el momento de continuar nuestros viages. Habiendo visto ya las provincias setentrionales de la Grecia, nos faltaba recorrer las del Peloponeso; con cuya mira nos pusimos en camino al comenzar la primavera. \*

Despues de pasar por la ciudad de Eleusis, de que hablaré mas adelante, entramos en la Me-

\* En el mes de marzo del año 536 antes de J. C.



gáride que separa los Estados de Atenas de los de Corinto, y en que hay un corto número de ciudades y de lugares. Megara, que es la capital, estaba en otro tiempo unida al puerto de Nisea por dos largas murallas, que los habitantes creyeron conveniente destruir hace un siglo. Estuvo por mucho tiempo sujeta á reyes. Subsistió la democracia hasta que los oradores públicos, por agradar á la multitud, la movieron á partir entre sí los despojos de los ciudadanos ricos. Entonces se estableció el gobierno oligárquico; y en nuestros dias ha vuelto el pueblo á tomar su autoridad.

Los Atenienses se acuerdan de que esta provincia era en otro tiempo parte de su territorio, y quisieran reunirla á él; porque en ciertas circunstancias podria servirles de barrera; pero los Megarienses les han obligado varias veces á volver sus armas contra ellos, por haber preferido la alianza de los Lacedemonios á la suya. Durante la guerra del Peloponeso la redujeron á los últimos apuros, ya asolando sus campos, ya prohibiéndole el comercio con sus Estados.

En tiempo de paz llevan los Megarienses á Atenas sus géneros, y principalmente una grande cantidad de sal que recogen de las peñas que están en las inmediaciones del puerto. Aunque su territorio es corto y tan esteril como el de la Atica, se han enriquecido muchos con una pru-

dente economía, y otros con una parsimonia, que les ha ganado la fama de que, en sus tratados como en su comercio, no emplean sino las tretas, la mala fe, y el espíritu mercantil.

En el siglo último consiguieron fama por sus hechos: en el dia está aniquilado su poder; pero su vanidad se ha aumentado en razon de su debilidad, y se acuerdan mas de lo que han sido que de lo que son. En la tarde misma de nuestra llegada, comiendo nosotros con los principales ciudadanos, les preguntamos por el estado de su marina, y nos respondieron: en tiempo de la guerra de los Persas, teniamos veinte galeras en la batalla de Salamina. — ¿Podriais poner ahora en pie un buen ejército? — En la batalla de Platea teniamos tres mil soldados — ¿Es grande vuestra poblacion? — Lo era tanto en otro tiempo, que nos vimos en la precision de enviar colonias á Sicilia, á la Propóntide, al Bósforo de Tracia, y al Ponto Euxino. Tras esto trataron de sincerarse de algunas perfidias que les imputan, y nos contaron una anécdota que merece conservarse. Los habitantes de la Megáride habian tomado las armas unos contra otros, y pactaron que la guerra no habia de suspender las labores del campo. El soldado que cogia prisionero á un labrador, le llevaba á su casa, le ponía á su mesa, y le dejaba ir, antes de recibir el rescate en que habian convenido. El prisionero se apre-



suraba á llevarlo, luego que lo juntaba. No se empleaba el ministerio de las leyes contra el que faltaba á su palabra; pero era detestado en todas partes por su ingratitud y su infamia.— Con que este hecho no ha sucedido en nuestros días, les dije yo.— No, me respondieron, es del principio de este imperio.— Bien me parecia, les repliqué, que era propio de los siglos de ignorancia.

En los días siguientes nos enseñaron muchas estatuas; unas de madera, y eran las mas antiguas; otras de oro y de marfil, y no eran las mas hermosas, y otras de marmol y bronce hechas por Praxíteles y Escopas. Vimos tambien la casa del senado, y otros edificios hechos de una piedra muy blanca, facil de labrar, y llena de conchas petrificadas.

Hay en Megara una célebre escuela de filosofía. \* Euclides, su fundador, fué uno de los mas celosos discípulos de Sócrates. A pesar de la distancia del sitio, y de la pena de muerte establecida por los Atenenses contra todo megariense que se atreviese á pasar sus límites, se le vió mas de una vez salir por la tarde, disfrazado en traje de muger, pasar algunos momentos con su maestro, y volverse al amanecer. Examinaban

\* Acerca de las demas escuelas, véase el capítulo xxix de esta obra.

juntos en qué consistia el verdadero bien. Sócrates, que dirigia todas sus investigaciones á este único punto, no empleó mas que medios sencillos para llegar á él; pero Euclides muy versado en los escritos de Parménides y de la escuela de Elea, recurrió en adelante al medio de las abstracciones, medio comunmente peligroso, y las mas veces impenetrable. Sus principios son bastante conformes con los de Platon: decia que el verdadero bien debe ser uno, siempre el mismo, y siempre semejante á sí mismo. Despues era necesario definir estas diferentes propiedades; y así lo que mas nos importa saber, vino á ser lo mas difícil de entender.

Concurrió á oscurecerlo el método ya recibido de oponer á una proposicion la proposicion contraria, y ceñirse á disputar sobre ellas mucho tiempo. Contribuyó mucho al aumento de la confusion un instrumento que se descubrió entonces; hablo de las reglas del silogismo, cuyos tiros tan terribles como imprevistos, echan por tierra al contrario que no es bastante diestro para pararlos. Apoyándose luego las sutilezas de la metafísica en las tretas de la lógica, tomaron las palabras el lugar de las cosas; y los discípulos no bebieron en las escuelas mas que el espíritu de acrimonia y de contradiccion.

Euclides lo introdujo en la suya, acaso sin querer, pues era naturalmente afable y pacífico



Su hermano, que creía tener motivo para quejarse de él, le dijo un día: «quiero morir, si no «me vengo de tí. — Y yo también; respondió «Euclides, si no te obligo á amarme todavía.» Pero muchas veces cedió al placer de multiplicar y vencer las dificultades, sin prever que los principios, cuando se agitan á menudo, pierden una parte de su fuerza.

Eubúlides de Mileto, su sucesor, llevaba á sus discípulos por senderos todavía mas resbaladizos y tortuosos. Euclides daba ejercicio al entendimiento; Eubúlides lo sacudía con violencia. Ambos tenían muchos conocimientos y luces; lo que debo advertir antes de hablar del segundo.

Le hallamos rodeado de jóvenes, atentos á sus palabras, y hasta á sus menores señas. Nos habló del modo con que los adiestraba, y conocimos que prefería la guerra ofensiva á la defensiva. Le rogamos que nos diese el espectáculo de una batalla; y mientras se hacían los preparativos, nos dijo que había descubierto muchas especies de silogismos, muy socorridos todos para aclarar las ideas. Uno se llamaba el encubierto, otro el calvo, otro el mentiroso, y así de los demas.

Voy ahora, añadió, á daros pruebas de ello; y luego se seguirá el combate que deseáis ver: no juzgueis de ellos ligeramente, pues los hay que hacen parar á los mayores ingenios, y los me-

ten en estrechuras, de donde les cuesta mucho salir.

A este tiempo se dejó ver una figura, tapada con un velo, desde la cabeza hasta los pies, y me preguntó si la conocía. Yo respondí que no. Pues bien, replicó Eubúlides; ved aquí como arguyo: vos no conocéis á este hombre: es así que este hombre es vuestro amigo; luego no conocéis á vuestro amigo. Quitóle el velo, y en efecto ví que era un joven ateniense amigo mio. Dirigiéndose luego Eubúlides á Filotas, le dijo: ¿qué cosa es un calvo? — El que no tiene pelo. — ¿Y si tuviera un pelo lo sería? — Sin duda. —

Y si tuviera dos, tres, cuatro? Y así fué añadiendo, aumentando siempre una unidad, hasta que Filotas confesó por fin que el hombre de que se trataba no sería calvo. Luego basta un pelo solo, añadió Eubúlides, para que un hombre no sea calvo, siendo así que al principio asegurasteis lo contrario. Bien conocéis que del mismo modo se puede probar que un carnero basta para formar un rebaño, y un grano para formar la medida cabal de un celemin. Quedamos tan atónitos de estos miserables equivocados, y estábamos tan cortados, que los estudiantes prorumpieron en carcajadas.

Entre tanto el infatigable Eubúlides nos decía: ved aquí últimamente el nudo mas difícil de desatar: Epiménides dijo que todos los Cretenses



son mentirosos; es así que él era cretense, luego mintió; luego los Cretenses no son mentirosos: luego Epiménides no mintió, luego los Cretenses son mentirosos. Apenas acabó, cuando repentinamente gritó, ¡á las armas! ¡á las armas! acometed, defended la mentira de Epiménides.

A esta voz, los dos partidos con ojos centelleantes y gesto amenazador, se avanzan, se agolpan, se rechazan, descargan uno sobre otro una granizada de silogismos, sofismas y paralogismos. Las tinieblas se espesan, se confunden las filas, los vencedores y los vencidos se atraviesan con sus propias armas, ó caen en sus mismos lazos. Crúzanse en los aires las palabras injuriosas, y últimamente se ahogan entre los gritos penetrantes que atruenan la sala.

Iba á comenzar de nuevo la accion, cuando Filotas dijo á Eubúlides, que cada partido atendia mas á destruir la opinion contraria, que á fundar la propia; lo cual es un mal modo de discurrir. Por mi parte, le dije, que reparaba que sus discipulos parecian mas celosos por el triunfo del error, que por el de la verdad; lo cual es un modo peligroso de proceder. Iba á responderme, cuando nos avisaron que estaban prontos nuestros carruages. Nos despedimos de él, y luego que nos retiramos, nos lamentamos del indigno abuso que los sofistas hacian de su ingenio, y de las disposiciones de sus discipulos.

Para ir al istmo de Corintó, nos llevó nuestro guia por unos altos, sobre una cornisa abierta en peña, muy estrecha y escabrosa, muy alta del mar, á la falda de un monte que levanta su cabeza hasta los cielos. Este es el famoso desfiladero, donde se dice que estaba aquel Esciron, que precipitaba los pasajeros al mar, despues de robarlos, y á quien Teseo hizo sufrir el mismo género de muerte.

No hay cosa mas espantosa que este paso al primer aspecto: nosotros no nos atreviamos á parar la vista sobre el abismo. El bramido de las olas parecia advertirnos á cada momento, que estábamos colgados entre la muerte y la vida. Familiarizados luego con el peligro, gozábamos con placer de un espectáculo digno de atencion. Los vientos impetuosos, pasando por la cumbre del monte que teniamos á nuestra derecha, rugian sobre nuestras cabezas, y divididos en torbellinos, caian á plomo sobre diferentes puntos de la superficie del mar, la revolvan, y la blanqueaban con espuma en ciertos parages, mientras en los espacios intermedios estaba lisa y sosegada.

El sendero por donde íbamos se prolonga unos cuarenta y ocho estadios\*, bajando y subiendo

\* Cerca de una legua y tres cuartos (1 legua y media y 348 pasos de España).



alternativamente hasta cerca de Cromion, puerto y castillo de los Corintios, distante ciento y veinte estadios \* de su capital. Continuando por la costa por un camino mas cómodo y mas hermoso, llegamos al sitio en que la anchura del istmo no tiene mas que cuarenta estadios \*\*. Aquí es donde los pueblos del Peloponeso han tomado algunas veces la determinacion de atrincherarse, cuando han temido alguna invasion; y aquí es tambien donde celebran los juegos istmicos cerca del templo de Neptuno, y de un bosque de pinos consagrado á este dios.

El pais de los Corintios está ceñido entre muy estrechos limites: aunque se extiende mas á lo largo del mar, podria un barco recorrer su costa en un dia. Su territorio ofrece algunas campiñas ricas, y mas ordinariamente un terreno desigual y esteril. Se coge vino de muy mala calidad.

La ciudad está situada al pie de un monte alto, sobre el que han edificado una ciudadela. Por la parte del mediodia la defiende el monte, que por allí es muy escarpado, y por los otros tres lados está protegida de murallas muy fuer-

\* Cuatro leguas y media (cerca de cuatro leguas de España).

\*\* Cerca de una legua y media (1 legua y cuarto, y 290 pasos de España).

tes y muy altas. Tiene cuarenta estadios de circuito \*, mas como las murallas se extienden por los costados del monte, y encierran la ciudadela, se puede decir que el circuito total es de ochenta y cinco estadios \*\*.

El mar de Crisa y el Sarónico vienen á espirar á sus pies, como para reconocer su poder. En el primero está el puerto de Lequé, que está unido á la ciudad por una muralla doble de cerca de doce estadios de largo \*\*\*, y en el segundo está el puerto de Cencrea, setenta estadios\*\*\*\* distante de Corinto.

Adornan esta ciudad muchos edificios sagrados y profanos, antiguos y modernos. Despues de haber ido á la plaza, decorada, segun costumbre, con templos y estatuas, vimos el teatro, donde la asamblea del pueblo delibera sobre los asuntos de Estado, y donde se dan combates de música, y otros juegos que acompañan á las fiestas.

Nos enseñaron el sepulcro de los dos hijos de

\* Cerca de legua y media (1 legua y cuarto, y 290 pasos de España).

\*\* Tres leguas y quinientas treinta y dos toesas (2 leguas, tres cuartos y 241 pasos de España).

\*\*\* Cerca de media legua (algo mas de cuarto y medio de legua de España).

\*\*\*\* Cerca de tres leguas (2 leguas y cuarto y 257 pasos de España).



Medea. Los Corintios los arrancaron de los altares, donde los habia dejado esta madre desgraciada; y los mataron á pedradas. En castigo de este crimen, una enfermedad epidémica arrebataba en la cuna todos los niños, hasta que, dóciles á la voz del oráculo, se obligaron á honrar todos los años la memoria de las víctimas de su furor. Yo creia, dije entonces, por la autoridad de Euripides, que esta princesa los habia degollado por su misma mano. Yo he oido decir, respondió uno de los asistentes, que el poeta se dejó sobornar por una cantidad de cinco talentos \* que le dieron los magistrados; pero sea lo que fuere, ¿ para qué se ha de disimular? Un uso antiguo prueba claramente, que nuestros padres fueron culpados; porque para recordar y expiar su crimen, deben nuestros hijos traer la cabeza rasurada, y llevar una ropa negra hasta cierta edad.

El camino que va á la ciudadela tiene tantas revueltas, que se andan treinta estadios antes de llegar á la cumbre. Llegamos cerca de una fuente llamada Pirene, donde se pretende que Belerofonte halló el caballo Pegaso. Sus aguas son muy frias y cristalinas: como no se descubre salida para ellas, se cree que bajan á la ciudad por conductos abiertos naturalmente en la

\* Veinte y siete mil libras (100,588 rs. vn.).

peña, y que forman en ella una fuente, cuya agua es afamada por su ligereza, y bastaria á las necesidades de sus habitantes, aun cuando no tuvieran tantos pozos como han hecho.

La posicion de la ciudadela y sus murallas la hacen tan fuerte, que no podrian tomarla sino por traicion ó por hambre. Vimos á la entrada el templo de Venus, cuya estatua está cubierta de armas brillantes; y la acompañan las del Amor, y del sol, que era adorado aquí antes de introducirse el culto de Venua.

Parece que desde esta region elevada domina la diosa la tierra y los mares. Tal era la ilusion que nos causaba el soberbio espectáculo que se ofrecia á nuestra vista. Por la parte del norte se extendia esta hasta el Parnaso y Helicon; al este hasta la isla de Egina, la ciudadela de Atenas, y el promontorio Sunio; al oeste caia sobre las ricas campiñas de Sicione. Paseábanse con placer nuestros ojos por los dos senos, cuyas aguas vienen á quebrantarse contra este istmo, que Pindaro compara con razon á un puente, edificado por la naturaleza en medio de los mares, para reunir las dos partes principales de la Grecia.

A este aspecto parece que no se podria establecer comunicacion alguna desde un continente al otro, sin la anuencia de Corinto; y hay fundamento para mirar esta ciudad como el ba-



luarte del Peloponeso, y uno de los grillos de la Grecia; pero no habiendo permitido la envidia de los demas pueblos á los de Corinto, impedirles el paso del istmo, estos últimos se han aprovechado de las ventajas de su posicion para juntar riquezas considerables.

Desde que hubo navegantes hubo piratas, por la misma razon que hubo buitres desde que hubo palomas. No haciéndose el comercio de los Griegos, en su principio, sino por tierra, seguia el camino del istmo para entrar en el Peloponeso, ó para salir. Los Corintios cobraban un derecho, y llegaron á cierto grado de opulencia. Cuando fueron destruidos los piratas, las naves dirigidas por una debil experiencia, no se atrevian á engolfarse en el proceloso mar que se extiende desde la isla de Creta hasta el promontorio Malea en Laconia. Entonces era una manera de proverbio el decir: antes de doblar este cabo, olvidad lo mas amado. Prefirióse pues ir por los mares que se terminan en el istmo.

Las mercancías de Italia, de Sicilia, y de los pueblos del oeste desembarcaban en el puerto de Lequé: las de las islas del mar Egeo, de las costas del Asia menor y de los Fenicios, en el puerto de Cencrea. Mas adelante las porteban por tierra de un puerto á otro, y se imaginaron medios de pasar tambien los barcos.

Hecha Corinto la escala del Asia y de la Europa, continuó percibiendo los derechos sobre los géneros extranjeros, cubrió el mar con sus barcos, y formó una marina para proteger su comercio. Con esto tuvo estímulo la industria: se dió nueva forma á las naves; y los primeros triremes que se vieron, fueron obra de sus constructores. Sus fuerzas navales la hacian respetar; y así venian á porfia á derramarse en su seno las producciones de otros paises. Nosotros vimos poner de venta sobre la costa, resmas de papel, y velamen traído de Egipto, marfil de Libia, cueros de Cirene, incienso de Siria, dátiles de Fenicia, alfombras de Cartago, trigo y quesos de Siracusa, peras y manzanas de la Eubea, esclavos de Frigia y de Tesalia, sin hablar de otros muchos objetos que llegan diariamente á los puertos de la Grecia, y en particular á los de Corinto. El cebo de la ganancia atrae á los comerciantes extranjeros, y principalmente á los de Fenicia; y los juegos solemnes del istmo juntan allí un número infinito de espectadores.

Por todos estos medios, aumentadas las riquezas de la nacion, los obreros destinados á elaborarlas fueron protegidos, y se animaron con nueva emulacion. Ya se habian distinguido, segun se dice, en invenciones útiles, que no específico, porque no puedo determinar puntual-